

Enrique Rattín

EL INCESTO Y LO PROHIBIDO

Padre ¿No ves que estoy delirando?

Comprender la violencia sexual no significa ignorar la realidad del trauma, significa sostener su enunciación acogiendo la palabra y el sufrimiento de la intrusión. Todas las formas de violencia tienen algo en común: lo sexual incestuoso.

Intentaré demostrar que también se lo encuentra en el pasaje al acto psicótico, partiendo de una bouffée delirante sufrido por un adolescente de 17 años.

Un mes atrás aparecieron ideas interpretativas y autorreferenciales, con violencia y lenguaje abusivo hacia su madre. Negó haber mantenido relaciones sexuales; estaba angustiado, perplejo y reticente. Madre policía y padre mecánico de bicicletas.

El año anterior, al notar que estaba tan callado, su madre le dejó acercarse a su padre, de quién estaba separado desde sus cinco años por violencia doméstica. Tres meses antes de su bouffée, el padre concluyó que su hijo necesitaba su primera experiencia sexual.

Lo llevó con una prostituta y en el momento del acto, el propio padre permaneció en la misma habitación presenciando la escena.

Luego de unos días de mutismo, empieza a decirle a su madre: "No te vistas así como una puta", "¿Por qué estás vestida así?", "¿Me estás pidiendo que te coja?", "¿Quieres saber si la tengo grande o pequeña?", "¿Te gusta?", "Te voy a cojer con esta" y mostrando su pene concluye: "Te voy a matar".

En 1956, Lacan afirmó que Freud nunca había definido la psicosis según el modelo simple de una fantasía. "No es como el hambre que puede satisfacerse con un sueño de hambre". Un delirio, dice, no responde en modo alguno a tal propósito. Freud nos enseñó a encontrar en la psicosis los mismos temas simbólicos que en la neurosis, aunque sólo ocurra en pocos casos.

Sugiere que hay una diferencia con la que no está del todo satisfecho.

Es la distinción entre la realización del deseo reprimido a nivel simbólico en la neurosis y en la psicosis, a nivel imaginario. La psicosis no es el desarrollo de una relación imaginaria fantasmática con el mundo exterior.

La neurosis implica que el complejo de Edipo y metáfora paterna se conviertan en sinónimos del proceso de corte del niño con su madre por la prohibición del incesto, significante Nombre del Padre, que para el niño representa el alejamiento de aquello de lo que era carne.

Si no fuera así, el deseo de la madre depositado únicamente en el niño se traduciría en un empuje hacia un precipicio que lo consagraría a una relación imaginaria. Pero el

límite impuesto por la función paterna da sentido al comportamiento de la madre y frena la deriva del deseo por el hijo hacia la función fálica.

Si una madre deseante es necesaria, lo es porque implica que admite que le falta. Incapaz de satisfacerse a sí misma, inicia una búsqueda en la que encuentra, como respuesta imaginaria formal, el órgano masculino. Lo que la madre desea, el padre lo porta, haciendo posible la separación.

Al identificarse con su rival, el niño emerge del Edipo, entrando en el ejercicio de la exogamia a través de la Ley de la prohibición del incesto.

Pero en lo que respecta a la entrada en la psicosis, ¿qué ocurre en este preciso momento? Encontramos un desenlace de tres consistencias, R, S, I, que no se produce en el tiempo cronológico sino en el tiempo lógico, ya que sólo conocemos las consecuencias de este desenlace.

Allí donde se solicita su deseo, aparece una respuesta como resultado de una operación fallida. Lo que responde es algo que proviene de lo real, y de esto nos habla el psicótico.

¿Cuándo comenzó nuestro paciente a manifestar su violencia y/o su delirio? Empezó a delirar desde el momento en que se encontró diciéndole a su madre que la deseaba sexualmente e interpretando la vestimenta de su madre como el deseo de su pene.

Como se ve, también aquí encontramos la prohibición del incesto implícita en los significantes neuróticos, pero de un modo diferente.

El análisis del delirio indica la relación del sujeto con el registro simbólico en el que se organizan y despliegan todas las manifestaciones del inconsciente. En el curso de una psicosis, el sujeto se sitúa en relación con el orden simbólico. Un orden original", dice Lacan, "un medio distinto del medio real y de la dimensión imaginaria".

Por eso propongo seguir su sugerencia de febrero de 1956. Como todo discurso, un delirio debe ser juzgado primero como un campo de significación que un cierto significante ha organizado. La primera regla de una buena investigación sobre la psicosis es, pues, dejar hablar y escuchar el mayor tiempo posible.

Aunque el delirio comienza cuando la iniciativa proviene del Otro, se trata de una iniciativa basada en la actividad subjetiva. El Otro lo quiere, y sobre todo quiere conocerlo, quiere significarlo. El delirio debe considerarse como una perturbación de la relación con el Otro, pero vinculada a una relación transferencial subjetiva.

Cuando hay delirio -dice Lacan- entramos rápidamente en el terreno de la intersubjetividad. En la neurosis, en cambio, la omnipresencia del fantasma nos lleva a estar atentos a su significación, a riesgo de olvidar la estructura. Se trata de significantes manipulados por un sujeto con fines significantes.

Por otra parte, en este brote adolescente, aparece una primera perplejidad, que es la perplejidad en relación con el significante. El sujeto reacciona a la ausencia del significante, por la afirmación de otro que en tanto tal, es enigmático. El Otro con

mayúscula le está excluido en tanto portador de significante.

En los comienzos delirantes siempre hallamos una profusión imaginaria entre el sujeto y el otro. Es desde ese otro con minúscula que aparecen esas palabras, son los fenómenos del entre-yo (je). Es en los comentarios que aparecen como normales, es que encontramos un cierto automatismo mental. Eso es el uso provocador del significante en las frases interrumpidas, un enigma que no puede formularse abiertamente sino a través de la afirmación de la iniciativa de un otro. A la función del significante captado en los comentarios delirantes y al zumbido del discurso en estado puro, Lacan lo llama delirio. Una exigencia en el orden simbólico acarrea una disociación en cadena, al no poder ser integrada en lo que ya fue puesto en juego en el movimiento dialéctico en que vivió el sujeto. Pero ésta, no carece de relación con el discurso normal, lo que le permite a nuestro sujeto suplirse con su delirio y comunicárnoslo.

El delirio es el momento de la reducción del Otro simbólico al otro imaginario, es la suplencia de lo simbólico por lo imaginario.

La ruptura del diálogo con el delirio, es el momento de la extrañeza y es del registro de lo real. El sujeto en ese momento sostiene en sí mismo una indudable intransitividad. Ese momento es a mi juicio, la dificultad de mantenerse en el real humano, que Lacan nombra como real simbólico. Haciendo esto, el psicotizado inventa y establece ese trabajo de lógica en el cual trama con su delirio, una neo-realidad con las leyes de las palabras impuestas. Y al no haber simbolizado esta función que lo especificaría como hablante-ser, toma apoyo de una lengua original de fondo, y no de un orden significante.

Por lo tanto, este Otro no es más que un Otro Real absoluto, en donde el agujero no puede tener más que el estatuto de un enigma. Para este hijo, esta madre, se le presenta en la dimensión del tenerlo más que el de serlo.

Acordemos lo siguiente: que la mujer encuentre un goce bajo la forma de lo que no tiene, es también lo que causa su deseo. Ella deviene lo que crea de manera imaginaria y en el espejismo erótico ella puede ser el falo y a la vez no serlo.

Pero recordemos que en la medida que ella provee el objeto que no tiene es que no desaparece en ese objeto. Por lo tanto, solo a través de la castración masculina podría acceder a su goce esencial. Situación imposible para nuestro sujeto. “¿Por qué te vestís así? Esto es tuyo verdad ¿Te gusta? ¿Te parece grande? Vos lo que quieres es que te coja con esto”.

Permítanme leerles una frase de Lacan del 1 de marzo de 1967: “De manera que no pierde nada, puesto que pone nada más que lo que no tiene y que literalmente crea.

Por esto es siempre por identificación a la mujer que la sublimación produce la apariencia de una creación. Es siempre una génesis

oscura....., ligada al don del amor femenino, en tanto crea este objeto

evanescente, y más aún en cuanto le falta el falo omnipotente. Por eso puede participar en ciertas actividades humanas que nos quedaría examinar según sean espejismos o no, creación o poesía”.

En la identificación a la madre, en el intransitivo yo-tú, de muchos psicóticos, es en donde me parece encontrar también esa génesis oscura de la cual habla Lacan, enunciada como impulsión poética hablada o como una prolífica creación escrita.

Si es a partir de ahí que se edifican, según Lacan, todas las ilusiones del conocimiento, propongo también para ciertos delirios el mismo punto de partida. No olvidemos que el desfallecimiento fálico, que no se produce en la psicosis, según Lacan, se renueva siempre en el desvanecimiento del Ser del agujero.

Esto es esencial a la experiencia masculina y es lo que hace comparar este goce al retorno de la pequeña muerte. Por otro lado, el delirio del pensamiento está marcado por el rechazo de la castración.

Es la entrada del Je en lo real, dice Lacan. Pero a partir del seminario “Le sinthome” nos ha aportado otros elementos de respuesta, metiendo en nuestras manos los nudos y muy especialmente el borromeo.

La manera en la que nos propone construir este nudo, no es otra cosa que la misma expresión de esta lógica. Una lógica que el nudo viene a presentarnos con el trabajo de eso que hace trazo unario, luego de introducir al mismo tiempo, el juego de la diferencia. Con la topología borromea el estudio de estas diferentes formas clínicas deviene el estudio de diferentes formas de suplencias posibles a falta de esta función que especifica el hablante-ser y que podemos llamar función nudo.